

HOMENAJE A DON LUIS DÍEZ DEL CORRAL

Intervención del Sr. Presidente, Excmo. Sr. D. Enrique Fuentes Quintana

Majestades:

Bienvenidas a esta Casa, colocada bajo el respaldo de la Corona y a cuyo servicio estamos cuantos a la Academia pertenecemos.

Es ésta de hoy una Sesión extraordinaria en la historia larga de esta institución, iniciada hace 132 años por el entonces Ministro de Fomento, Marqués de Corvera. Sesión extraordinaria y singular la que hoy celebramos, por los intérpretes que a ella asisten y por el motivo que explica la convocatoria y que justifica su comparecencia.

Al agradecer la presencia, por vez primera, de Vuestras Majestades en una Sesión de la Academia de Ciencias Morales y Políticas, cuantos la integramos quisiéramos interpretarla como el comienzo de una tradición de frecuentada presencia de la Corona en las actividades académicas que tanto necesitamos como estímulo de nuestras tareas y solvente aval para la difusión social de sus conclusiones.

La Real Academia de Ciencias Morales y Políticas quisiera dejar también constancia expresa de su gratitud a la presencia de las Mesas Directivas del Instituto de España y de otras Academias y a sus integrantes, y a cuantos han aceptado nuestra invitación para participar en ella entregándonos el valor inestimable de su atención y de su tiempo.

A todos nos convoca la gozosa celebración de un acto solemne y entrañable al mismo tiempo: el homenaje a un maestro de la Universidad española, a un jurisconsulto ejemplar del Consejo de Estado y a un Académico que presidió con *autoritas genuina* los destinos de esta Casa durante el último quinquenio: don Luis Díez del Corral.

Son estos tres títulos —maestro, jurisconsulto y Académico—, alcanzados con ejemplar ejecutoria, los que conceden autenticidad y fundamento a este acto memorable de su homenaje.

Celebrar el título de un maestro universitario, que Luis Díez del Corral ha ganado con tanto empeño y perseverancia a lo largo de una vida dedicada a la docencia y a la investigación, constituye un reconocimiento público obligado para la sociedad que se ha beneficiado de la entrega de su trabajo. En un mundo como el actual, tan dominado por los valores materiales, reconocer y proclamar la importancia primordial de los valores superiores e inmateriales de la enseñanza y la investigación constituye un deber gratificante como pocos y justo como ninguno para una Real Academia que lleva en su título la dedicación y la difusión de los saberes y valores de las Ciencias Morales y Políticas.

Pero Luis Díez del Corral reúne también el título de jurisconsulto eminente, desempeñado desde su brillante juventud en la vecindad de esta Casa: el Consejo de Estado, donde ha dejado la huella imborrable de servidor continuado del interés público, cuyo reconocimiento social realizamos y destacamos también en esta Sesión extraordinaria.

La Real Academia de Ciencias Morales y Políticas ha sido la primera beneficiaria de la presencia en sus actividades de Luis Díez del Corral desde su ingreso en 1965, ocupando la Medalla 25 de la Corporación y de la que sería elegido Presidente en 1984 con el consenso pleno de los Académicos que la integran. La Academia debe a esa presencia durante veinticinco años de Luis Díez del Corral y a su Presidencia durante los cinco últimos años gran parte de su vitalidad intelectual y de su grato nivel de convivencia. El reconocimiento a esa entrega personal es el que la Academia realizaría cuando, al renunciar Luis Díez del Corral a su reelección como Presidente por considerar cumplido su programa, acordó nombrarle, por unanimidad, nuestro Presidente de Honor y ofrecerle el homenaje que hoy le rendimos con tanta autenticidad y afecto.

Un homenaje el de esta Sesión extraordinaria que es el broche final brillante de una etapa de la que Luis Díez del Corral ha sido intérprete indiscutible. Esta Sesión extraordinaria tiene, para todos cuantos la vivimos, esa significación, pero adquiere para los que formamos parte de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas un sentido adicional diferente, que me atrevería a calificar como el homenaje prolongado a nuestro Presidente de Honor, Luis Díez del Corral, un homenaje prolongado al que este acto de hoy nos compromete.

Ese homenaje prolongado a Luis Díez del Corral es el que debemos rendir con una ejecutoria futura de la Academia crecientemente mejorada, lo que demanda, de cuantos formamos parte de ella, hacer rentables con programas definidos los cinco activos con los que contamos para ganar un futuro que esté a la altura del pasado al que hoy rendimos justo tributo de su reconocimiento.

El primero y principal de estos activos de la Academia reside en los Académicos que la integran y en el tiempo y atención que le dediquen. La Academia vive del rédito de ese capital que es el trabajo que recibe de sus miembros integrantes, hasta el punto de que puede afirmarse que una Academia vale siempre lo que valgan las horas y la dedicación de sus Académicos. De ese convencimiento parte el cuidado y

atención con los que deseamos programar las Sesiones ordinarias de trabajo, su referencia a problemas vigentes de la política, la sociedad y la economía de nuestro tiempo, y la difusión, pública y puntual, de estos trabajos, para la que hemos acordado ya un proyecto editorial que pronto contará con sus primeras obras procedentes de nuestras Sesiones. Esa atención prestada por los Académicos al análisis de los problemas que conciernen a las Ciencias Morales y Políticas reclama la apertura de las deliberaciones de la Academia, con el fin de enriquecer la discusión de los temas elegidos, invitando a aquellas personalidades que, no siendo Académicos, hayan sobresalido por sus trabajos. Apertura que ya hemos iniciado en este curso con Sesiones que han probado el beneficio de esta iniciativa y que continuaremos en el futuro.

Un cuidado especial para mejorar este activo personal será el que debemos poner en la elección responsable, meditada y libre de los nuevos Académicos que deben integrar la Corporación, recientemente ampliada hasta 40 Medallas, a partir de las 36 con las que contaba desde su fundación por Real Decreto de 30 de septiembre de 1857.

Aspiramos también a integrar en nuestras deliberaciones y tareas a los Académicos correspondientes, completando sus actuales vacantes, y a elegir como Académicos de Honor a aquellas personalidades extranjeras excepcionales a las que se refiere el artículo 51 de nuestro Reglamento, que puedan traer orientaciones innovadoras a nuestros trabajos.

* * *

Nuestro segundo activo para beneficiar sus rendimientos en favor de las actividades de la Academia es el de la relación y cooperación con otras Academias del área iberoamericana y europea. Un mundo interdependiente como el nuestro reclama el conocimiento y relación en todas las instancias vitales, relaciones que adquieren una importancia crítica en el campo científico y cultural. La Academia cuenta con una Comisión Permanente para encauzar esas relaciones, y nuestro propósito decidido es intensificarlas en el inmediato futuro. Los acontecimientos del 92 pueden y deben ser un catalizador que precipite este conocimiento y colaboración fructífera con otras Academias, que deberían ayudarnos a definir y orientar mejor las actividades de la nuestra.

* * *

El tercer activo, al que deseáramos hacer rendir lo mucho que puede, es nuestra Biblioteca, que reúne dos valores que estimamos en mucho los Académicos que disfrutamos de su uso. El primero de esos valores es la calidad y la cantidad de los fondos disponibles, que alcanza cerca de 90.000 volúmenes con una especialización en el siglo XIX que compite con la de los mejores centros del país. El segundo es el origen de estos fondos, pues éstos proceden, en parte estimable, de legados de los

Académicos, una tradición que inició Francisco Cárdenas y que continuarían Baldomero Argente, Sánchez Toca, el Conde Bugallal, José María Zumalacárregui, Cordero Torres y Carmelo Viñas Mey. A estos valiosos legados de los Académicos se añadiría la importante donación de la biblioteca Elías de Tejada, que logró incorporar a nuestra Corporación la hábil y diligente gestión del Académico Gonzalo Fernández de la Mora. El valor afectivo de los fondos de la Biblioteca lo refuerza el hecho de que algunos de sus ejemplares más valiosos fueran buscados con paciencia y elegidos con acierto por los Académicos, que han considerado a la Biblioteca siempre como un capital acumulado por el propio esfuerzo de quienes integraban la Corporación.

Un capital acumulado y utilizado, utilización que tiene en el primer Bibliotecario de esta Casa, Manuel Colmeiro, un intérprete excepcional. De su capacidad extraordinaria de lectura nos dejaría una prueba concluyente en su «Biblioteca de los economistas españoles de los siglos XVI al XVIII», en discurso pronunciado y construido en esta Casa, una Biblioteca ésta de Colmeiro que hoy sigue consultándose para aprovecharse de sus lecturas por los economistas de nuestro tiempo.

El rendimiento de este activo acumulado de nuestra Biblioteca es el que deseamos ofrecer a los universitarios e investigadores, facilitando su utilización mediante una clasificación informatizada de sus fondos, seguida de la edición de un catálogo que dé noticia pública de los mismos, con la instalación de una sala de lectura que permita su consulta generalizada. Un proyecto que no es espectacular, pero cuya realización responde al deseo de ganar mayor eficiencia en el uso de los recursos disponibles que constituye el secreto de toda buena administración.

* * *

Desde 1866, la Academia de Ciencias Morales y Políticas se halla establecida en esta histórica Casa y Torre de los Lujanes, el edificio civil más antiguo de Madrid, cuya existencia se comprueba desde 1476. El paso del tiempo fue configurando de formas muy distintas esta Casa, que no tendría fortuna en sus remodelaciones de la década de los años cincuenta. La gestión acertada de nuestro Presidente de Honor y del Secretario ha obtenido el apoyo presupuestario preciso del Ministerio de Educación y Ciencia para mejorar el activo del edificio. Administrar bien ese legado, realizando con acierto las obras que acondicionen debidamente el espacio para su mejor utilización, ha de ser tarea inmediata en la que pondremos toda la diligencia debida para culminar la gestión iniciada por nuestro Presidente de Honor.

* * *

El quinto activo para ganar ese mejor futuro de la Academia creemos apreciarlo en la juventud universitaria e investigadora, que ha conseguido títulos académicos cotizados en Universidades de dentro y fuera del país que prueban su preparación y que ha hecho acto de presencia con trabajos de investigación valiosos en los campos

de la ciencia política, la sociología y la economía, que facilitan un planteamiento y una interpretación nuevos de viejos problemas españoles. La Academia, a la que sus Estatutos atribuyen el cultivo de las Ciencias Morales y Políticas ilustrando las cuestiones de mayor importancia y aplicación, no puede ignorar la presencia de las nuevas promociones dedicadas a su estudio que cuentan con una preparación probada y una profesionalidad ejemplar. Para difundir el conocimiento de sus investigaciones, la Academia se propone crear la tribuna joven a la que llamaremos a cuantos, avalados por su trabajo, realizado en esa tercera década creadora de la vida de todo investigador de las ciencias sociales a la que se refería Schumpeter, quieran exponer sus preocupaciones y las conclusiones de su particular percepción de los problemas políticos, sociales y económicos de España. Creemos que esa exposición por la nuevas generaciones de las cuestiones de mayor importancia y aplicación de las Ciencias Morales y Políticas y el diálogo con la vieja generación y la opinión madura de los Académicos, puede constituir una oportunidad singular para rejuvenecer las actividades de la Academia y que éstas fructifiquen al servicio de España.

* * *

El compromiso de aplicar la dedicación de la Academia para obtener el rendimiento que puedan dar esos cinco activos a los que me he referido no puede ganarse sin esfuerzo, pero creemos firmemente que, si ponemos es esos proyectos un entusiasmo renovado que inspire el trabajo diligente de quienes integramos la Corporación, lograremos para ella realizaciones, en los decisivos años que vienen, que hagan honor al brillante pasado que hoy celebramos.

Contar en ese compromiso con el respaldo y el apoyo de la corona habrá de ser para cuantos integramos la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas la mejor garantía de que nuestro prolongado homenaje a Luis Díez del Corral tenga el éxito que nuestro Presidente de Honor se merece y que la vitalidad intelectual de la Corporación necesita.

Discurso del Excmo. Sr. D. José María de Areilza

Ofrecemos esta noche, en sesión solemne que preside nuestro Rey, la ofrenda de gratitud a un español señero que presidió nuestra Real Academia desde 1985 hasta el año presente: Don Luis Díez del Corral. Yo lo conocí en 1940 en el Instituto de Estudios Políticos, cuya revista dirigía y enriquecía, con frecuencia, con su pluma llena de matices y henchida de sabiduría. La aparición de una soberbia traducción al castellano del gran poeta lírico alemán Hölderlin, el precursor del romanticismo germano, a cuya lengua vertió la lírica de los griegos, fue una resonante novedad de los años cuarenta madrileños. *El archipiélago* sigue siendo hoy día un poema de emocionada lectura para cualquier visitante de las islas griegas. Otro libro de grato

contenido, titulado *Mallorca*, volvió a enriquecer los escaparates libreros, obteniendo el Premio Nacional de Literatura. «La buena prosa —decía Borges— debe tener encanto». Yo añado que también: «andadura propia». Ambas cualidades se manifiestan en el castellano de Díez del Corral, que logró ese galardón con pleno merecimiento y en plena juventud. Dato importante: este libro está dedicado a Rosario de Garnica, dama de ilustre linaje cántabro con la que contrajo matrimonio en ese mismo año (1942), y que ha sido una admirable y eficaz compañera en su larga y fecunda andadura conyugal, que le dio cuatro hijos.

Pero esperaban a nuestro compañero, también, otras vertientes culturales de gran envergadura. Su cátedra universitaria de «Historia de las Ideas y de las Formas Políticas» revela una vocación profunda hacia la historia de las ideas políticas y su repercusión en el devenir de los pueblos. Puede afirmarse que nuestro magistral filósofo del siglo presente, don José Ortega y Gasset, tuvo una influencia directa y decisiva en gran parte de los trabajos de Díez del Corral. El enorme empeño que representa el libro del liberalismo doctrinario, cuya primera edición es de 1945, fue insinuado precisamente por el autor de la *Rebelión de las masas* al joven catedrático. Su aparición se convirtió en un verdadero acontecimiento y quedó pronto agotada su primera edición.

El análisis del liberalismo doctrinario, hecho por vez primera en nuestro país con rigor histórico y equilibrio crítico, representó un hito importante en el estudio de las ideas políticas. Uno de los senderos de esa exhaustiva investigación había de llevar al autor a encontrarse con la figura de Montesquieu y más tarde con la del clarividente, y —en ocasiones— desconcertante Alexis de Tocqueville, cuya personalidad y obra llamó la atención de nuestro homenajeado. De ahí sobrevino una larga y exhaustiva búsqueda en torno a la obra y a la vida del pensador francés, que se tradujo en una serie de trabajos y conferencias de altísimo nivel que repercutieron en Europa y en Norteamérica de manera notoria y exitosa.

Precisamente esa considerable porción de su obra intelectual la iba a convertir en una admirable conferencia que se dio en esta misma sala, cuando fue recibido como Académico de nuestra corporación. «Tocqueville con especial referencia a Pascal» fue el contenido de su disertación, plena de datos inéditos y de agudas observaciones personales.

No paró ahí la infatigable tarea de creación intelectual del Presidente, al que hoy despedimos. *El rapto de Europa* fue otro de los temas de más aguda sensibilidad internacional, que ofrecía el panorama del Occidente europeo después de la segunda guerra mundial.

Las tesis de Díez del Corral fueron expuestas ante auditorios muy diversos, con unánimes reacciones de aprobación e interés ante el original planteamiento de sus tesis. Porque su obra tiene, como podéis ver, un alcance que trasciende las fronteras ibéricas. En París y en Alemania, en la Gran Bretaña y en Roma, en Estados Unidos y en el Japón, en las Universidades y centros de la América hispanohablante ha resonado el pensamiento original y profundo de este gran «riojano universal», como

lo han denominado, con justeza, sus paisanos en multitudinario homenaje, rendido en Logroño, hace pocos años.

Díez del Corral trabajó como Agregado cultural en la Embajada de España en Francia. Su paso por ese puesto dejó memorable recuerdo, tanto en los medios universitarios y académicos franceses como en las fundaciones culturales de la capital. Cuando yo ejercí la jefatura de esa misión diplomática, muchos años después, me encontré con las gratas huellas de su paso en los ambientes intelectuales de la gran ciudad, que evocaban su recuerdo, a pesar del tiempo transcurrido.

Díez del Corral ha sido una figura destacada en el pensamiento político español y europeo contemporáneo. Sus libros han conocido traducciones a multitud de lenguas, desde el japonés, hasta el alemán, el inglés, el italiano y el francés. Sus tesis históricas han sido discutidas y aceptadas, en gran parte, en los ambientes universitarios mundiales, debido a la amplitud de sus planteamientos y a la originalidad de sus proposiciones. La profundidad de sus análisis ha ido siempre acompañada con una notable flexibilidad en admitir y reconocer otras opiniones diferentes o complementarias. No es un pensador altanero que se fortifica en su torre de marfil solitaria y desafiante, sino, por el contrario, un expositor claro y templado que se halla dispuesto a reconocer e incorporar nuevos aspectos que pudieran enriquecer sus puntos de vista.

Desde hace muchos años pertenece Díez del Corral a las Academias de la Historia y de las Bellas Artes, por el alcance de sus admirables trabajos en esos ámbitos. Pocos pensadores han sido tan penetrantes y sensibles a la hora de analizar aspectos decisivos de nuestro pasado a la luz de sus originales tesis. Los siglos de nuestra Monarquía universal han recibido de su pluma perspectivas inéditas, así como ensayos sobre la estética de sus formas. Nuestro ilustre compañero Carlos Ollero se ocupará a continuación de esa fundamental vertiente de la obra cultural de Díez del Corral, con objeto de que sea de todos conocida la personalidad a la que rendimos esta noche el justo tributo que se merece.

El europeísmo actual que incide, a través de las instituciones comunitarias, en nuestra política exterior futura, puede reconocer en Díez del Corral a uno de los pioneros más avanzados de ese señero propósito. Desde Denis de Rougemont a Bertrand de Jouvenel, desde Rostow a Raymond Aron, pasando por Kennan y Oppenheimer, sus contactos y diálogos con esos ilustres pensadores dieron lugar a situarle en un puesto de observación directa del largo proceso de la sociedad industrial moderna y de sus perspectivas ulteriores. No menos de veinte trabajos aparecidos en muy diversas publicaciones españolas y foráneas dan constancia de esa faceta tan importante de Díez del Corral, pensador europeísta de primer rango, que supo adivinar con la intuición del filósofo el inevitable papel que el continente occidental había de jugar en los tiempos venideros.

Y con ello pongo fin a mis palabras, con aquel binomio que Eugenio d'Ors acuñó para definir y exaltar el trabajo intelectual: «Grandeza y servidumbre de la inteligencia». La grandeza del intelectual está en su compromiso con la verdad. La servidumbre, en

su búsqueda incesante. Ambos se dan cita en la vida y en la obra de Luis Díez del Corral, un español universal.

Discurso del Excmo. Sr. D. Carlos Ollero

Siento una extraordinaria satisfacción por intervenir en este acto que se celebra por feliz iniciativa de nuestro Presidente, Enrique Fuentes Quintana, unánime y calurosamente secundado por todos. No me corresponde a mí sino a él valorar y agradecer en nombre de la Academia la distinción que la otorgan Sus Majestades los Reyes de España al estar entre nosotros. Pero no puedo fácilmente contener la emoción de recordar que Don Juan Carlos asistió hace veintiséis años a mi discurso de recepción como Académico en esta Casa: tercera vez que me confería el mismo honor; la segunda, en el Colegio Mayor Diego de Covarrubias (X-1969), y la primera, en el Instituto de Estudios Políticos (1-III-1961), cuando apenas tenía nuestro Rey veintitrés años. En las tres, propugné para España —no sin alguna incomodidad y cierto riesgo— la Monarquía Democrática, más que como forma de gobierno, como «forma política del Estado», tal como fue definida años después por la Constitución que hoy nos rige. Este agradecimiento sí me corresponde a mí y se lo expreso, Señor hoy, Príncipe ayer, y antes de ayer Alteza, con intensa emoción, y si se lo permite a quien es varios meses mayor que su Augusto padre, con intenso y entrañable afecto.

No conozco a ningún español contemporáneo con más base y horizonte cultural e intelectual que Luis Díez del Corral. Lo he afirmado muchas veces y seguiré siempre diciéndolo con admiración y sinceridad. El Derecho, la Filosofía, la Sociología cultural, el Arte en todas sus manifestaciones, la Literatura de todo los tiempos, la Ciencia y el pensamiento políticos, la Historia... Y todo ello, adentrándonos en los entresijos concretos de los problemas, en los pliegues más recónditos de la realidad, sin servirse apenas de ideas generales y abstractas que, como dijo Rousseau en su *Emilio* —lo que provoca cierta perplejidad—, «son la fuente de los más grandes errores humanos».

La obra escrita de Díez del Corral, con ser tan abundante y referirse a tal variedad de mundos culturales, no se ofrece como suma o acumulación de exposiciones temáticas. Tan congruente en todas sus partes, tan internamente sistemática en sus coordenadas intelectuales, tan enraizada en la contextura existencial y humana de su creador que, transponiendo lo que Kayser decía referido a la obra literaria en general, podíamos distinguir en la de Díez del Corral la «idea» de la obra, como síntesis significativa de su totalidad y las «ideas» concretas comprendidas en el contenido. El tribunal que sentenció el proceso incoado por el Ministerio Público acusando de inmoral a *Madame Bovary* no sólo absolvió a Flaubert, sino que aceptó la versión del propio autor de que la «idea» de su gran novela podía formularse así: «excitación de la virtud por el horror del vicio». Preguntado Goethe sobre la «idea» de Fausto, contestó: «Tal vez con gran dificultad pudiera sintetizarla: Del cielo a través del

mundo hasta el infierno.» Por lo que respecta a la obra de nuestro homenajeado yo sugeriría: «Por la sensibilidad y la inteligencia, hacia la Razón y la Libertad.»

Dos instituciones entornaron el comienzo de la vida intelectual de Díez del Corral: una, el Instituto de Estudios Políticos; otra, la Facultad de Ciencias Políticas. La importancia de la labor cultural e intelectual del Instituto no se encomiará nunca lo suficiente, ni ahora es la ocasión de que yo haga cumplida referencia. Pero me interesa aludir a las Memorias de un inteligente político de los años cuarenta en las que se le impugnaba con acritud, para confirmar con ese testimonio de autoridad irrecusable, que el Instituto fue un verdadero e incansable reducto de libertad intelectual en años en que su cultivo no era fácil. Pronto se convirtió Luis en uno de los valores cimeros de la Institución por su actividad corporativa, editorial y científica. Allí se editó su primer gran libro, *El liberalismo doctrinario* —tan certeramente valorado por nuestro admirado compañero José María de Areilza— y fue en el Instituto donde su autor comenzó una serie importante y fecunda de cursos y seminarios.

La Facultad de Ciencias Políticas tuvo la fortuna de contar pronto —en 1947— con el magisterio, como Catedrático titular, de Díez del Corral. Ingresó en ella opositando a la Cátedra de Historia de las Ideas y de las Formas Políticas. Paso a paso, ejercicio por ejercicio, fue ganándose a pulso la justa y favorable decisión final. No sólo asistí a toda la oposición, sino que me manifesté y actué como un auténtico «partisano» superando condicionamientos corporativos —yo era ya Catedrático de Derecho Político—, a veces tensionales y poco gratos, después superados. Mi parcialidad no era arbitraria efusión de amigo fraternal, sino convencimiento sincero, racional y documentado de los merecimientos del opositor triunfante.

Desde el comienzo de la Facultad también ella fue un marco de mi diaria convivencia con él. Tampoco es momento para intentar un bosquejo de lo que significó la creación y funcionamiento de la Facultad, tan unida al Instituto de Estudios Políticos por muchas vinculaciones, y entre ellas por las causas determinantes de que tanto una como otro no respondieran a los designios políticos fundacionales. Pronto reunió un cuadro de profesores, de cuya calidad sólo acentuaré, limitándome a la rama histórica, que contaba junto a Luis Díez del Corral con figuras tan indiscutibles como José Antonio Maravall y García de Valdeavellano. Nuestro homenajeado fue para la Facultad un verdadero lujo y ejemplo: su intensa entrega a la docencia y a la investigación; su incansable laboriosidad y dedicación profesional; la generosidad con que sobrepasaba con creces horarios y calendarios (¡cuántas veces, por su estímulo, no comenzaba yo las vacaciones de Navidad, Semana Santa y Verano hasta que ya me parecía oír villancicos, saetas o salinos pleamares gaditanos!); la brillantez y profundidad de sus cursos de doctorado, seminarios y coloquios; su interés por despertar vocaciones universitarias y promocionar el profesorado juvenil... y además su insobornable exigencia... Aprobar su asignatura no era cruzar un metafórico Rubicón de la Licenciatura, sino superar el tempestuoso Niágara. Quizá los alumnos no se complacieran demasiado en principio, pero cuando superaban las pruebas se jactaban orgullosamente de ello, tanto al menos, como César a la vista de Rímni.

Otros dos ámbitos institucionales se han visto enriquecidos por la personalidad de nuestro homenajeado: esta Academia y el Consejo de Estado.

Ingresó en esta Casa el 2 de febrero de 1965 (en 1973 en la de la Historia y en 1977 en la de Bellas Artes) con un bello y penetrante discurso. Desde entonces destacó siempre, con asistencia ejemplarmente asidua, por sus magistrales intervenciones corporativas y, durante los seis años de su Presidencia, por su perseverante celo y acierto en la feliz consecución de muchos logros, y por un talante especial de cortesía, distinción y caballerosa afabilidad en el trato directivo de la institución. No puedo detenerme en la enumeración de sus intervenciones. Pero quisiera hacer alusión a las palabras que pronunciaba tras cada disertación semanal de los Académicos, que resultaban verdaderas lecciones sobre el tema del disertante, lo que, dada su variedad, habría resultado imposible hacer sin poseer un arsenal inagotable de profundos y universitarios conocimientos.

La pertenencia al Consejo de Estado proporciona una nueva y significativa coordenada para ésta mi insuficiente y modesta panorámica de la personalidad intelectual y humana de nuestro ilustre compañero. Su actividad como Letrado, tanto cronológica como cultural y existencialmente, ilumina con plenitud la vida y obra de Díez del Corral. La profesionalidad jurídica, y aún más si se ejerce a nivel de los arduos problemas de la Administración y del Estado, aplicando a ese esfuerzo racionalizador que tanto una como otra representan el que, por serlo, supone el Derecho, se refleja en una mentalidad específica que introduce un baremo de lógica y de realismo en la producción científica, en la percepción de nuestro contorno e incluso en el comportamiento social y diría que hasta en el personal y privado. El valor formativo del Derecho es indudable cuando se le comprende en profundidad y se aplica con ciertos criterios objetivos. Y ese fino y casi imperceptible, pero seguro poder configurador mental del conocimiento y práctica del Derecho, puede influir, y de alguna manera influye, no sólo para dictaminar una concesión de servicio público, sino en cierta manera también para definir el doctrinarismo político e incluso para tratar de la luz en la Mezquita de Córdoba o de la soberanía de la mirada en las «meninas» velazqueñas.

Las Monarquías, incluso las actualmente vigentes, y tanto más cuanto más enraizadas se encuentran en la historia nacional, poseen una serie importante de inherentes fundamentaciones históricas, psico-sociológicas, emocionales y simbólicas que poseen otras formas políticas. Las han ido acumulando desde que con ellas y por ellas surgió el Estado moderno.

No ha escrito Díez del Corral apología específica sobre la Monarquía referida al siglo xx, aunque está presentida a través de su *Liberalismo doctrinario* y el prólogo del libro de Lorenz von Stein *Movimientos sociales y Monarquía*, pero sí ha escrito mucho y bien sobre la Monarquía hispánica de los siglos xvi y xvii, durante los cuales surgieron y se consolidaron aquellas fundamentaciones que hoy perviven. Si a ello añadimos su conformación mental y su profundo sentido de la libertad y de la tolerancia, su aprehensión solidaria de las realidades nacionales y el lugar que

ocupan en su obra y en su vida ideas como las de moderación, equilibrio e integración, pocas dudas podrá haber sobre su monarquismo racional, intelectual y diríamos que incluso antropológico. Condecorará Vuestra Majestad en él a uno de los españoles más preclaros de los que abrillantan hoy la Monarquía española.

Quizá fuera Panofski el que mejor representó la tendencia a integrar el arte con otros fenómenos sociales, línea en que Díez del Corral es uno de los pocos intelectuales que, como afirma Fernando Chueca, ha ahondado en la filosofía del Arte, y que ha utilizado la expresión artística como un método de investigación para el conocimiento de nuestra historia y nuestra cultura, según expresión de la Eckerman de nuestro homenajeado, profesora Carmen Iglesias.

De la obra de Díez del Corral, una buena parte está dedicada a esa tarea, haciendo buenas las palabras nada menos que de Augusto Rodin, que aseguraba que el Arte era... «el empeño de la inteligencia para hacer comprender el mundo». Toda manifestación artística se produce en una época determinada, y para conocerla a fondo se hace preciso adentrarse en ella como lo ha hecho Díez del Corral, detectando todas las facetas históricas, culturales y hasta económicas. Y es preciso hacerlo, tal como nuestro ilustre compañero, no sólo evitando cualquier reduccionismo o dirección única —como bien dice la citada profesora Iglesias—, sino emparentando con capacidad privilegiada las formas de organización política con las formas de manifestación estética. A su influencia debo —y me complace consignarlo ahora— un trabajo que publiqué en 1954 sobre *La forma política*, que comencé así: «La forma es la unidad de sentido de algo, manifestada como expresión.» «La unidad de sentido de la existencia de un ser, mostrándose como expresión, es la forma.»

Díez del Corral no fue ni es el típico ejemplo de sabio ensimismado. Ha tenido siempre su atención prendida y su actividad inmersa en múltiples ocupaciones distintas a su labor intelectual e investigadora.

Hizo hasta del ocio actividad intelectual. Pocas veces lo lúdico ha sido fuente tan pródiga en actividad creadora. Puede decir, como Pascal, «nada hay tan insoportable al hombre como el reposo absoluto, sin acción, sin distracción, sin trabajo».

Siempre me ha maravillado en Luis el misterio de su tiempo; para mí que sus horas, sus días, sus meses y sus años han tenido una duración e intensidad vital distinta al resto de los mortales. Como si hubiera vivido pendiente de una «piel de zapa» como la de Rafael, el personaje de Balzac, que al contrario de lo que ocurría con el tejido de la mujer de Ulises, cada amanecer aparecía mas reducida. Tal vez haya seguido el consejo de Lord Chesterfield: «Ten cuidado de los minutos, pues las horas ya se cuidarán de sí mismas.» (*Letters*, 9-X-1748).

Debo terminar, pero no sin aludir, al menos, a aspectos humanos personales y familiares, sobre los que pasaré sobre ascuas, porque no quiero verme vencido por afectos y emociones, por recuerdos y melancolías, que a cierta edad, con la sensibilidad a flor de piel, pueden acongojar el ánimo y entrecortar la expresión.

No creo que hacerlo desdiga de la solemnidad de este acto, avalada al máximo por la presencia de Sus Majestades los Reyes. Espero que ustedes y ellos sabrán disculparme.

Dijo Jean Paul Richter que «lo que es tan triste a la vejez, no es que hayan terminado nuestros placeres, sino nuestras esperanzas». Yo más bien creo, con nuestro Miguel de Unamuno, que «sólo el que tiene recuerdos puede albergar esperanzas», y añado que la vejez reduce las ilusiones de extensión, pero las aumenta en intensidad, tal vez porque los viejos comprendemos que nos queda menos tiempo para acariciarlas.

Durante cerca de medio siglo de trato fraternal y entrañable no ha habido hecho penoso o circunstancia grata para ninguno de los dos en cuyo dolor o alegría no hayamos participado ambos. Dios se lo pague, como quisiera impetrar de Él que me lo pagará a mí, de merecerlo. Tantos años me han hecho conocerle, admirarle y quererle, al menos como el que más. En verdad, tan sólo cedo ante esa admirable mujer que es Rosario y ante sus hijos a los que vi nacer, crecer y madurar, y de los que quisiera seguir siendo llamado «tío Cao», como lo hacían cuando apenas balbuceaban. Por aquellos años en que requerían a mi mujer, Chale Butler, imposibilitada hoy de estar entre nosotros —pero de corazón presente en ese acto—, para que les contara cuentos fantásticos que incansablemente les repetía con imprevistas variantes.

De Luis son estas palabras: «Detener la mirada en un paisaje concreto, ver lo que es un niño y ponerse a su altura, tener o haber tenido algunas personas alrededor en el ámbito familiar o de la amistad, saber enriquecer con sencillez la observación cotidiana...». Si a medio camino entre esos dos ámbitos a que se refiere, yo cuento, y de alguna forma he contribuido algo a la felicidad que se merece, me doy por satisfecho. Así se lo aseguro en este anochecer madrileño y, en verso de su Hölderlin, «por el tiempo de marzo, cuando el día y la noche son iguales».

Discurso del Presidente de Honor, Excmo. Sr. D. Luis Díez del Corral

Agradezco profundamente, Majestades, vuestra presencia en este acto con el que la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas ha querido señalar el final de mi etapa como Presidente de la misma.

No es fácil para mí pronunciar unas palabras, aunque sean breves, abrumado por tan excepcional asistencia y por las generosas palabras que sobre mi vida y obra han pronunciado.

Mi vida profesional ha estado dedicada a dos aspectos que en cierto modo resultan complementarios. La labor como Letrado del Consejo de Estado durante casi

medio siglo, y mi pertenencia a la Facultad de Ciencias Políticas desde casi su fundación, me han permitido conocer la realidad histórica de nuestro país desde diferentes perspectivas.

El conocimiento y el estudio del concepto de Estado en la España moderna ha sido objeto de mi dedicación durante largos años. Mi vocación europeísta hizo que me interesara especialmente por el destacado papel jugado por la Monarquía Hispánica en el Viejo Continente y su proyección en el Nuevo.

La Facultad de Ciencias Políticas y Económicas ha sido el marco de mi actividad docente en la Universidad de Madrid. En ella tuve compañeros y amigos entrañables, algunos de los cuales ya han desaparecido y otros están aquí esta tarde.

Tengo la satisfacción de ver hoy a muchos de los jóvenes que en sus años universitarios se formaron con el núcleo inicial de profesores de la Facultad, y que posteriormente decidieron encauzar sus tareas investigadoras y docentes por estos derroteros. ¡El contar con un grupo de discípulos es una de las mayores satisfacciones que puede tener un viejo profesor!

La Academia en que nos encontramos ha sido para mí lugar a propósito para hablar y discutir con mis amigos y personas de similares inquietudes. En un mundo con demasiada prisa, las Academias son el lugar adecuado para la reflexión y el diálogo.

La generosidad de los Académicos me honró eligiéndome Presidente. Después de ocupar durante seis años ese cargo, me pareció indicado dar paso a nuevas personas.

Querría expresar mi agradecimiento a los compañeros de Mesa por el apoyo prestado durante este tiempo, a Carlos Ollero y a José María de Areilza por las palabras que acaban de pronunciar, y de manera singular a mi sucesor, Enrique Fuentes Quintana.

Gracias una vez más, Majestades, por la Gran Cruz que me habéis concedido y por haberos dignado presidir este acto, en el que tantos elogios excesivos se han vertido sobre mi persona.

Recordamos lo que decía Joseph de Maistre en sus *Veladas de San Petersburgo*: «La exageración es la mentira de los hombres de bien.»

Lectura de resumen de actas por el Sr. Secretario

La Real Academia de Ciencias Morales y Políticas en su Sesión de 11 de diciembre de 1990, tras haber elegido su Junta de Gobierno para el trienio 1991-1993, acordó por unanimidad, a propuesta del Excmo. Sr. D. Enrique Fuentes Quintana, nombrar

Presidente de Honor al Excmo. Sr. D. Luis Díez del Corral y celebrar en fecha próxima una Sesión de Homenaje a su persona.

El 8 de enero, el Presidente, Excmo. Sr. D. Enrique Fuentes Quintana, propuso a la Corporación, y ésta lo aprobó, que dicho acto de Homenaje lo organizara una Comisión compuesta por los Académicos Excmos. Sres. Truyol Serra, Areilza y Martínez de Rodas, Sánchez Asiaín y Del Campo Urbano. El martes 29 del mismo mes, el Vicepresidente de la Academia, Excmo. Sr. D. Antonio Truyol Serra, informó del proyecto de celebrar dicha Sesión de Homenaje en la primera mitad de marzo, supeditando la fecha a la posibilidad de asistencia de Su Majestad el Rey, cuya presencia se solicitó por los cauces reglamentarios.

Su Majestad recibió al Presidente de la Academia el 13 de febrero y a la Junta de Gobierno ampliada el 20 del mismo mes, confirmándoles su deseo de presidir el acto, acompañado de Su Majestad la Reina, y de pronunciar en él una alocución.

A instancia de la mencionada Comisión *ad hoc*, el señor Presidente solicitó en atención a los méritos y circunstancias que concurren en el Excmo. Sr. D. Luis Díez del Corral y Pedruzo que se le concediera la Gran Cruz de la Orden del Mérito Civil, y así lo dispuso el Real Decreto 77/1991, de 25 de enero, previa deliberación del Consejo de Ministros de ese mismo día. Dicha Gran Cruz le va a ser entregada ahora por Su Majestad el Rey.

Clausura del acto por Su Majestad el Rey

Tanto a la Reina como a mí nos ha satisfecho mucho haber podido participar hoy en los trabajos de esta Corporación. No puedo olvidar que, personalmente, había asistido a otros actos de la misma en el pasado, para procurar contribuir a mantener una tradición de asistencia de la Corona, concretamente a esta Real Academia, en la que me precedieron mis antepasados los Monarcas de la Restauración.

Es natural que este amparo regio a las actividades académicas se efectúe de forma explícita y pública.

Esta Corporación forma parte de la que podría denominarse segunda promoción de las Reales Academias.

La primera correspondió a Felipe V, y de ella han quedado, como muestras bien lozanas, tres Reales Academias: la Española, la de la Historia y la de Bellas Artes de San Fernando. Cuando, dentro del clima creado en el reinado de Isabel II por la necesidad de protección a las Ciencias, surgió la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, inmediatamente después se decidió que se hermanase esa creación con otra orientada hacia las Ciencias Sociales, bajo el título, de tradición francesa, de Ciencias Morales y Políticas.

Desde aquel Real Decreto del 30 de septiembre de 1857, toda una pléyade de investigadores de las Ciencias Sociales se han reunido en esta histórica casa madrileña.

A su lado se situaron los que de forma inmediata aplicaban sus enseñanzas en la práctica de la política diaria. Investigadores de las Ciencias Sociales y políticos se entremezclaron de tal manera que este Centro sólo puede explicarse si, desde sus primeros pasos, con el Marqués de Pidal, Olózaga o Bravo Murillo, contemplamos el trabajo de investigación de D. Modesto Lafuente o D. Manuel Colmeiro. Algunos Académicos reunieron en su persona ambas cualidades, como era el caso de Laureano Figuerola.

Precisamente con estos nombres que acabo de mencionar resulta bien claro el espíritu que desde sus inicios tuvo esta Institución: convocar a su seno en un ambiente de libertad a todos los que, en grado eminente, tienen algo que decir en este campo de la política y de las Ciencias Sociales. La lista de las medallas de quienes han formado parte de la Academia, con nombres tan indiscutibles como un D. Antonio Cánovas del Castillo, un D. Marcelino Menéndez y Pelayo o un D. Joaquín Costa, me ahorran cualquier comentario en este sentido.

Hoy esta Real Academia tributa su homenaje a una de las grandes cumbres intelectuales que han trabajado en ella. D. Luis Díez del Corral es una persona clave para explicar el progreso notable alcanzado por la investigación del pensamiento político en España, de su difusión universitaria y del merecido prestigio que se le ha reconocido mucho más allá de nuestras fronteras. El profesor Díez del Corral pareció haber hecho suyo aquel mensaje de Eugenio d'Ors que incitaba a los españoles a investigar y competir con los mejores centros del mundo, para ingresar así en el ámbito de la ciencia universal.

Sus trabajos sobre Tocqueville, o esa maravilla que es el *Rapto de Europa*, demuestran hasta qué punto D. Luis Díez del Corral pertenece al núcleo de los más finos pensadores contemporáneos.

Creo que la Corona tiene como misión muy importante destacar la ejemplaridad de las conductas.

Porque también hay heroísmos en el trabajo intelectual diario, en la formación de discípulos, en la búsqueda inteligente e incansable de la verdad. Conforme evoluciona el mundo, las grandes riquezas de las naciones cada vez procederán más de los gabinetes de reflexión, de las bibliotecas, de los seminarios de investigación y de los laboratorios. Carlos III comprendió el alcance de esa verdad cada vez más evidente y abrumadora y la destacó de modo incansable. El esfuerzo en las artes, la industria y el pensamiento han sido premiados, con justicia y como ejemplo, por mis antepasados. La Corona no puede abandonar hoy este mandato ya secular.

Finalmente, hago explícita mi voluntad de cuidar con atenta solicitud lo que dispone el artículo 62 de la Constitución de 1978. El alto patronazgo de las Reales Academias que me corresponde será uno de mis desvelos preferentes.

Son éstos momentos de honda transformación, en todos los sentidos, de la vida de los pueblos. Para iluminarlos será necesario el esfuerzo perseverante de multitud de hombres del pensamiento. A esa labor esperanzadora y difícil llamo a los miembros de esta Corporación, invocando para ello el ejemplo perdurable de vuestro Presidente Honorario, D. Luis Díez del Corral.

Se levanta la sesión.